



El libro abierto

Una vez más, —un año más—, tengo cita con Torrijos a través de las páginas del programa que anuncia y detalla las Fiestas de La Sementera. El alcalde de esta hermosa villa me ha invitado a la colaboración. Entonces estoy en un grave aprieto; yo no puedo negarme a escribir algo —aunque ya sea mucho lo que llevo escrito sobre temas torrijeños—, me lo impide el cariño y la admiración que profeso a Torrijos, me aleja también de esa idea la amistad que me une y el respeto que debo al alcalde que le rige. ¿Qué hacer en tal caso?, ¿qué comentar este año? ¿Qué glosar en esta edición del programa de 1989?

—No vas a escribir otra vez sobre su historia...

—Pues mira, no lo sé, porque si nuestros pasos se van por ese camino cuando queremos recordar estamos en el año de las Navas de Tolosa en el que por la generosidad del rey Alfonso VIII la entonces aldea de Torrijos pasa a ser posesión del Arzobispo Jiménez de Rada. Advirtiéndote, además, que si continuamos transitando por esta ancha y a la vez profunda ruta histórica, llegamos con facilidad hasta las puertas del palacio donde el rey Don Pedro, —saraos, torneos—, aguardaba la llegada a Castillo de la reina Doña Blanca, o presenciamos, es un decir, uno de esos capítulos tristes de la corte banderiza y difícil de Juan II, o somos testigos del saqueo del Maestro Girón codicioso de las muchas riquezas que la villa guardaba. De ahí a la época esplendorosa de los Reyes Católicos no hay más que un paso y en esa "edad de oro torrijeña" ya sabemos que entre Doña Teresa y Don Gutierre de Cárde-